

LAS PRUEBAS DEL ALTER EGO EN D'ANNUNZIO Y EN SHAKESPEARE

(FRANCESCA DA RIMINI Y ANTONY AND CLEOPATRA)

Por Julio Enrique Blanco

Prólogo.

Sólo por medio de un sujeto que es otro yó, captado como un sujeto que puede hacer del yó que lo capta un objeto de sí mismo, se da la vía para la prueba de hecho —experimental o vivencial— de la existencia de la pluralidad de los yós. Tal el hecho de la co-apercepción intrafactiva, que es la que da la base para la demostración, de que se va a tratar aquí, de la tesis del pluripsismo en refutación de la antítesis del solipsismo. Ejemplo de semejante hecho es el que se da principalmente por el amor, cuando el yó amante llega a percibirse a sí mismo como objeto del yó amado y, en tanto, como objeto de sí mismo sentido desde otro yó. Es lo que ocurre en las fugaces rapideces de la co-apercepción en los raptos de embelesos idolátricos o en los momentos de voluptuosidades sarcófilas. Y es por tanto lo que da la prueba efectiva, por esa vía de los afectos que se penetran mutuamente, del *alter ego*, que se identifica en co-apercepción con el yo que a través de él se percibe a sí mismo como objeto. También en el sufrimiento, cuando un yó que sufre por el sufrimiento de otro llega a percibirse a sí mismo como objeto del yó

sufrente y, en tanto, como objeto de sí mismo sufrido desde otro yó, se evidencia la misma o similar prueba. Por el contrario, en el dolor físico o en la pena moral, un yó que ama a otro o que sufre por otro, deja de percibirse a sí mismo como objeto, en co-apercepción, de otro yó. Es entonces cuando el yó activo, que ha amado o que ha sufrido, torna a sí mismo para reafirmarse, tras haber pasado por esa experiencia o vivencia del *alter ego* en que se ha probado a sí mismo como objeto, en lo que originalmente era. El dolor físico y la pena moral son, pues, las vías intrafactivas para el recogimiento y la reconcentración de los yós que se reafirman en lo que cada uno es propiamente frente a la pluralidad infinita de los demás yós. Y es por ellas por donde se dan las pruebas de hecho de la tesis del pluripsismo en refutación de la antítesis del solipsismo. Corolario de ello es que en aquellos que verdaderamente aman no se da el narcisismo de la egolatría, pues lo que sienten es la necesidad de amar a otro yó y de ser amados por otro yó que el propio, siendo el amor del propio yo el hecho del narcisismo egolátrico. De ahí que los que verdaderamente aman, por su fluente vida intrafactiva, sean de hecho ya pluripsistas; y que los que no aman a otros de verdad, los narcíseos, sean en cierto modo ya solipsistas— por lo menos en su egolatría sin acólitos.

Ahora bien, si se pide que se concreten las pruebas a que se acaba de aludir, bien cabe decir que los poetas, sin darse cuenta de una psicología profunda del amor que conduce a una filosofía del reconocimiento de la existencia real de los yós en su pluralidad infinita, son quienes más han exaltado las inquietudes de esa pasión —sobre todo los poetas trágicos, que son quienes también han captado los paroxismos del dolor casi siempre accesorio al amor— para dejar entrever lo concreto de dichas pruebas. Así han sido ellos quienes igualmente han sabido exaltar, en sus cantos, las extrañas situaciones de contradicciones en que vienen a hallarse aquellos dos afectos, el amor siendo el más impetuoso y embelesador, incontenible y voluptuoso, pero también angustioso y penoso, ya en el límite del dolor, dentro de la existencia humana. Es lo que se va a ver, dentro de una estética de lírico sensual que delectó en las vías anormales del amor, ante todo, con D'Annunzio, y después, dentro de una estética de trágico intelectual, con Shakespeare. Pues D'Annunzio supo captar para cantar y exaltar, mejor que ningún poeta de sus contemporáneos,

ráneos, esa vía pasional, intraflectiva, en lo anormal, de dos yós que se amaron para compenetrarse mutuamente hasta identificarse en raudos instantes de embelesos co-apercipientes, y se dolieron el uno por el otro hasta des-identificarse en penosas reafirmaciones de sí mismos, apercipientes entonces cada uno sólo de cada uno. Tal el caso de los dos principales protagonistas de **Francesca da Rimini**. Shakespeare también, mejor que ningún poeta de sus contemporáneos, supo dramatizar por esa misma vía pasional, intraflectiva, del amor, el caso de dos yós que se amaron para compenetrarse mutuamente hasta identificarse en fugaces momentos de raptos co-apercipientes, y se dolieron el uno por el otro hasta des-identificarse en penosas re-afirmaciones de sí mismos, apercipientes entonces cada uno sólo de cada uno. Tal el caso de los principales protagonistas de **Antony and Cleopatra**.

I

Pero primero, para concretar, tal cual se anticipó ya en la misma tragedia de D'Annunzio, con el caso del amor entre dos hermanas, Francesca y Samaritana. Después, como se prolongó en el caso reprobatorio entre dos cuñados Francesca y Paolo.

En la dulcedumbre de la afección fraterna, pero incestuosa, las hermanas se presentaron ya en permanente coapercepción la una con la otra, disfrutando, desde adentro, con sinfonía doliente, del gozo perfecto. Tal el gozo donde estéticamente un yó puede venir a hallarse dentro de otro yó, para que éste vaya a hallarse dentro de aquél, en la convivencia que da justamente la co-apercepción. Allí, sin embargo, tras corto lapso, Francesca empezó a sufrir, como igualmente Samaritana. La razón era que tenían que separarse, volver a independizarse, para ser cada una lo que tenía que ser individualmente. Francesca se mostró así absorta en su dolor cuando supo que tenía que separarse de Samaritana, — irse, “como el agua corriente que va que va”, su alma. Y Samaritana imploró entonces, en sentimiento de la inevitable separación que conducía a otro amor: “Oh hermana, hermana, óyeme, no te me vayas, no me abandones... Que de noche yo te sienta cerca de mí”. Pero la ineludible separación tenía que ocurrir. Y ocurrió justamente para que cada yo de las dos hermanas se reafirmara en su propia existencia, después de haberse transfundido el uno en el otro. La ineludible, que había de

ser también lo funesto, lo fatal, el síno. Paolo el bello, el cuñado de Francesca, había, en el comienzo de la tragedia, llegado: **egli e venuto**. Era ya anticipar todo lo que había de seguirse. Y Samaritana sintió entonces desgarrarse, para volver a ser, en el paroxismo de su pena, su dolor, lo que era y tenía que seguir siendo. Era su experiencia del amor que obraba como fuerza centrípeta de los yós que se fundían en uno, y del dolor que a su turno obraba como fuerza centrífuga de los yós que se desfundían para individuarse. E imploró así aún más. Dijo a Francesca: “Jamás me he dividido de ti —**nom mi son mai divisa da te**— como para afirmar más la unidad de las dos, añadiendo: “Jamás de tu aliento no me he apartado, mi vida (su yó) no se me ha dado más que por tus ojos”. Era la visión de sí misma como objeto a través de la visión de Francesca como sujeto, en el cual se integraba. De modo, pues, que la identificación, tal cual el poeta así vino a verla, él también, un tercer yó, había sido completa. Samaritana había vivido interiormente la vida de Francesca, y viviéndola había vivido la suya propia a través de aquélla. Pero hé aquí que ahora Francesca se le iba y tenía que gemir su honda pena. Su gemido, para la vuelta a sí, en el desgarramiento de los dos yós que se habían fundido en uno, sonaba entonces con aliento místico. Francesca se le andaba para un lugar profundo y solitario donde ardía un fuego grande sin alimento.

¿Símbolo de qué podía ser esto? El poeta lo dijo. Símbolo del nuevo amor que a la amante hermana le arrebataba la amada. Porque Samaritana presentía que Francesca se le iba para un nuevo amor, que había de ser también delictuoso. Así había de probar, más intensa y trágicamente aún, una nueva identificación con otro yó, como para dar una prueba más, por la vía existencial de los afectos que se penetraban mutuamente, de la realidad de la co-apercepción. “Oh Francesca! —gritó aún Samaritana en el desgarramiento de la separación—, me haces doler el corazón, y toda, mira, temblar de espanto”. Y Francesca recordó entonces, sombría, los momentos de la profunda identificación por el amor. “Hermana mía —preguntó—. ¿Te acuerdas de aquellos días de agosto cuando permanecimos solas allá en la torre? Tempestuoso era el tiempo. Pero de pronto todo calló. Y repentinamente todo fue silencio. El viento cesó. Yo oí sólo latir el tierno corazón tuyo”. Era la confesión pasional. Pero el

síno erótico de Francesca la empujaba a otras vivencias. Y añadió, recordando significativamente la canción que su esclava le había cantado de la madre consejera: "Hijo mío, en el curso de tu vida, no tomes hermanas con hermanos, ni amantes que se amen de amor". A lo que respondió el hijo: "Si hallo tres, tres tomo; si hallo dos, tomo uno; y si hallo uno solo, lo tomo, no lo dejo". Determinación de yós ardientes en la lujuria de la carne, como para comprobarse por ahí en sus existencias. ¿Cómo, pues, no había de ser por esa vía por donde había de seguir el curso de las vivencias amorosas de Francesca, para probarse también ella a sí misma en sus embebimientos en otro yó, aún más que en el de Samaritana, intensa, delictuosa, pecaminosamente hasta llegar al colmo del dolor consecuente de tal síno, al paroxismo de la muerte trágica, como también Paolo con ella? Ahí, en efecto, el síno que había de perseguirla a ella, como también a él. **Nato e per lei**, había de decir Adonella. **Lei beata! Lui beato!** había de exclamar Garsenda. Pero ¡ay! por cuán corto tiempo. El desenlace trágico ya se cernía sobre el deleite del amor que a ambos había de darles la felicidad del gozo perfecto, ya desde el comienzo de éste.

Y efectivamente esta felicidad había de ser la que siempre va acompañada del hado de la infelicidad cuando se obtiene sólo por el medio de la pasión delictuosa del amor. Así, en su afecto para la identificación de sus yós, Francesca y Paolo iban a alcanzar la beata identidad de sus seres, hasta la transfusión del uno en el otro, para coapercibirse primero, conjuntamente, en la delectación, pero después, separadamente, en la aflicción del más agudo sufrimiento. Francesca se había embebido en Paolo, y Paolo en Francesca, para ser felices, voluptuosa y lujuriosamente, a través de sus amores. "Oh vida mía, jamás fue tan indomable el deseo mío de ti. Sentí que se entraban en mi corazón los espíritus que viven en los ojos tuyos", dice Paolo a Francesca. Era otra vez la expresión, por parte del poeta, de la visión del sujeto amante a través del sujeto amado para hacer de sí mismo el objeto de esa visión. Había carnal lascivia en las palabras, para la penetración sarcófila que hacía vivir la sensación de un cuerpo en otro. Los amantes se compenetraban, pues, hasta por sus espíritus —impulsos— vitales, que se absorbían por los ojos absortos para que llegaran hasta el corazón. A esa declaración de Paolo, Francesca tenía que responder: "Y tú

eres mío, y yo soy toda tuya. Y el deleite perfecto está en el ardor de nuestra vida". **En nuestra vida**, no en nuestras vidas. De modo que, ya en la pasión con Paolo, era de nuevo el mismo deleite para Francesca que en la pasión con Samaritana. Deleite que retornaba e insistía en Francesca para la ruina de sí. Porque ya tras el embeleso idolátrico, hallaba la voluptuosidad sarcófila, se anunciaba el remordimiento del resentimiento que la hacía sufrir y laceraba. Y fue así, al principio, como una alucinación. "Aquel sueño que hace tiempo yo veo... Aquel sueño salvaje que me lacera". Fues mientras se abandonaba a la unión con Paolo que la transfundía en éste, la llamada del yó propio, interior, profundo, hacía volver a sí por la vía del dolor, la pena, el pesar. Necesario el amor para la admisión casi absoluta o incondicional del otro yó que la absorbía, necesario era también el dolor para el retorno al yo propio.

Tal pues cual si la lujuria del amor sarcófilo obrase como la fuerza centrífuga de los cuerpos, y tal cual si el embeleso del amor idolátrico obrase como la fuerza también centrífuga de los espíritus, una vez cumplidos sus raptos o vuelos nupciales, así los cuerpos y espíritus de Francesca y de Paolo, al remorderse por el dolor, vinieron a huír de sus centros para reconcentrarse cada yó en su propia individualidad. Así, lograda la coapercepción de sus identificaciones, tornaba la percepción de sus des-identificaciones, en la re-afirmación de cada uno. Aun en el paroxismo de las delectaciones supremas de Eros, se les fue ya esfumando el halago de las esperanzas de gozos por venir. A Paolo que dijera a Francesca: "horas de inmensos placeres nos esperan con la melodía salvaje del otoño y el arroabamiento de la soledad", Francesca ya no respondió. Estaba sumida en los presentimientos que la ponían en lo que ella había sido antes, nostálgica de Samaritana entonces, como para volver a ser lo que había sido en su propio yó. Y se atormentaba con la alucinación del hado funesto que avizoraba cernida contra ella, para empezar a ser, por el dolor, de nuevo Francesca. Volvía a su yó, que se había eclipsado por la actualidad de su conciencia sumida en el amor, perdido para ella casi totalmente cuando disfrutaba de los brazos y de los labios de Paolo. Sólo éste permanecía ansioso de miles vivencias más de absorción sarcófila, en transposiciones de su propio yó en el de Francesca. "Tengo ansias de vivir mil vidas con el temblor del aire que te abrasa", dijo. An-

sias de penetración nueva en Francesca, de posesión de su esencia íntima, su yó recóndito que él, Paolo, quería vivir aún más, sin darse ningún presentimiento del doloroso fin que se les acercaba. "Para que ninguna de la cosas infinitas que están en ti me queden ignoradas y yo no muera sin haber extraído de tu profundidad y saboreado la raíz ínfima de mi delectación". ¿Qué mayor subsunción de un yó en otro? Pero Francesca, desfallecida ya, vuelta a sí, no se abandonaba en semejante vigor de identificación, sino se recogía en desfallecimiento de separación. Reabsorta en sí, vuelta a su yó, ya estaba indefensa. Se le debía tomar en lo poco, la mísera humanidad en que se sentía, su abatido apocamiento. **Prendimi l'anima e riversala.** Y citaba, significativamente, en último recurso de su desfallecer en sí, los versos del poeta que una vez, en tiempos de preludios de embelesos, leyeron juntos. Dante lo había cantado ya:

Noi leggiavamo un giorno per diletto
di Lancialotto come amor lo strinse:
soli eravamo e senza alcun sospetto.

.....
Quando leggaemmo il disiato riso
esser baciato de cotanto amante,
questi, che mai de me non sia diviso
la boca mi baciò tutto tremante

Inf. V, 127

Y en la tragedia de D'Annunzio éste lo recordaba. Porque de ahí siguió lo que Francesca entonces dijera a Paolo: "Hemos sido **una** vida. Y digna cosa es que seamos **una** muerte". ¡Tanto poder de identificación era el de Eros, la vía exterior de la existencia para la coapercepción! Llegaba hasta la muerte, donde tampoco habían de ser separados. ¿Ni de qué otra manera, mejor, podían terminar los dos amantes? Cerrábase el libro de tan bella vida, para que se abriese el de tan fea muerte. Ya Gianciotto, una vez ensimismado también en Francesca, embelesado en ella, de quien amenazante había gritado cuando se le hizo sospechar: **guai a chi tocce la mia donna**, vuelto por el dolor de su identificación con ese yó que había coapercibido pero que se le había robado, llamaba a la puerta de los amantes delictuosos. ¿Qué ocurría? Era el yó del sujeto desgarrado por la pena indomable de los celos, la infidelidad y la perfidia, reconcentrado en sí por el rencor, que era el resentimiento de la propia

dignidad, el sentido del honor. Era el ofendido, para la manifestación del yó en el encono que había de reafirmarlo en el rencor hasta la venganza. Francesca y Paolo así tenían que perecer bajo esta afirmación de Gianciotto enfurecido — la furia como otro signo de la reafirmación del yó sumido en su más propia yoidad.

Con este fin hay pues que admirar en la obra de D'Annunzio, aparte de sus méritos de estilo poético y sostenido lirismo, el haber sabido presentar, sin darse cuenta del alcance que aquí se muestra, este documento de psicología humana para, por la vía existencial del amor y del dolor, del embeleso y del sufrimiento, ofrecer a la especulación filosófica la comprobación de la realidad de unos yós ante otros, la demostración de la verdad, por tanto, de la tesis del pluripsismo contra la antítesis del solipsismo. Ciento es que aclararlo así viene a ser sólo obra del análisis que se acaba de hacer, exégesis de una obra de arte literaria desde el punto de vista filosófico para una egología metafísica. Pero, de todas maneras, la presentación estética de lo que ha podido ser materia o asunto de ese análisis, tal exégesis, señala el don del poeta que pudo lograrla. Ella ha facilitado así, en efecto, al llegar al reconocimiento de la verdad metafísica fundamental de la egología que se tiene que sustentar aquí, y que dice que en el no sér del yó —cuando el yó de cada individuo aún no es, en la raíz del sér, esencial— se está en lo que bien puede llamarse el divino amor de sí mismo, el secluso amor supremo que todo lo identifica a sí y en tanto es la mismidad identificadora de todos los yós. Porque éstos son los que justamente se suponen allí, en esa mismidad donde se anulan por cuanto se identifican con ella por el amor, para la manifestación de su pluralidad. De suerte que una vez más se viene a ver entonces que es por el rompimiento de este amor, la identificación que causa en la mismidad de todo por medio del amor sumo, por lo que se produce el desgarramiento del sér uno, sumido y absorto en sí, y se duele en tanto, para por el dolor promover el proceso de la separación, el surgir de allí como del abismo de la eternidad que parece ser nada y es mucho. Pues tal es la fuente de las profundas cogitaciones noéticas, los ímpetus cogitacionales, los torbellinos y vórtices del pensar que se aventura al sér hasta hacer de los ejes de éstos, finalmente en el hombre, los yós de la conciencia de la existencia en lo que cada uno viene a ser, y

se afirma más o menos dramática, trágicamente, el síno del dolor del mundo.

II

Pues bien, lo anterior puede comprobarse aún más en la obra del otro poeta a que ya se ha aludido, Shakespeare. Trágico él de amores menos voluptuosos, pero más viriles y por eso mismo más intelectuales, como los que propiamente podían darse entre los antiguos romanos y, como tales, interpretarse a través de la estética razonante del alma inglesa, tan penetrante en la naturaleza humana, el cuadro que presenta en **Antony and Cleopatra** es quizás todavía más convincente. Es otro mundo, ciertamente, que el de **Francesca da Rimini**. Abre, en efecto, horizontes mucho más vastos y de intereses más universalmente humanos, donde se trata de valores ecuménicos de los yós, como eran los de los guerreros y políticos de Roma frente al poderío declinante de Egipto. Así el romano Antonio aparece allí como el símbolo del mundo de Roma, en el ápice de su dominio, y la egipcia Cleopatra como el símbolo del mundo de Egipto, en el extremo de su decadencia. Sus yós, frente a frente, en el derecho de afirmarse cada uno, surgieron entonces como los focos de esos símbolos, que vinieron a representar las afirmaciones de miles y miles de otros yós; implicación por tanto ya jurídica, por decirlo así, de esa multiplicidad de yós. Y así pareció adivinarlo Shakespeare, con la penetrante vislumbre de su genio, como para expresar por medio de su arte —su drama— la tesis del pluripismo en la constitución de la sociedad romana que empezaba a universalizarse imperiosa, o imperativamente, a través de la humanidad mediterránea que le daba su medio histórico. Esa es, además, la razón por la cual hay que considerar la obra del poeta inglés, en el plano de las abstracciones egológicas que aquí importan, como infinitamente superior a la del poeta italiano. Antonio y Cleopatra, en efecto, vienen a presentar, mucho más que Paolo y Francesca, el hecho de los yós que, al encontrarse para unirse, absorberse y transfundirse el uno en el otro, se prueban a sí mismos en lo que cada uno es aparte del otro. Se presentan así como yós en su independencia existencial con cuerpos reales, y en su independencia esencial como espíritus cogitantes, para mostrarse como focos en torno a los cuales gira un mundo de otros yós, que se iluminan por ellos, en la constitución

ción de aquella mediterránea, más que romana y más que egipcia ya, comunidad de seres humanos.

Es lo que se puede ver también por el análisis y la exégesis de la obra de Shakespeare. Obra de arte literaria que, exponiendo una honda psicología humana, sin proponérselo, viene a servir así a la especulación filosófica, metafísica, de la egología. Y siempre, entonces, por el examen del afecto que hasta ahora se ha venido considerando aquí, el del amor, vía intraflectiva para la identificación de los dos yós principales de Antonio y de Cleopatra. Viéndolo, así, en las dos modalidades diferentes que en éstos asume, como tenía que ser en un hombre romano y en una mujer egipcia. Porque, desde sus primeros encuentros con Antonio, Cleopatra, sin dejar de ser voluptuosa y refinadamente femenina en su pasión sarcófila, poco adicta al embeleso idolátrico, se mostró calculadora. El cálculo la mantuvo siempre en la afirmación del yó, antes de dejarse llevar a la entrega y disfrute del gozo carnal. "Si ciertamente ha de ser amor, díme cuánto", declaró sin ambages, desde el principio, a Antonio. Pero también éste hubo de calcular en su pasión naciente, y no se lanzó a la posesión sino con cautela. Su yó supo afirmarse con ironía. "Hay mendicidad en el amor que puede fijarse un precio", comentó. Y Cleopatra se retuvo entonces. Tampoco ella iba a abandonarse de cualquier manera: tenía que poner un límite en el punto hasta el cual fuese amada. Así Antonio cedió, y se entusiasmó como para preludiar lo idílico dentro de consideraciones de orden práctico. "Que se diluya Roma en el Tíber y caiga el ancho arco del espacioso imperio. Mi dominio está aquí". Ante Cleopatra, su irresistible atracción, filosofó un tanto para la reafirmación de su propio yó. Declaró entonces que los reinos eran de arcilla, la tierra estiércol que alimentaba lo mismo al hombre que a la bestia. Y la nobleza de la vida se presentaba de tal modo, que cuando se encontraba un par de reconocimientos mutuos, y tal dúo podía hacer lo que hacía, a él se obligaba. A la duda de Cleopatra que entonces le gritara: "Excelente falsedad! ¡Antonio quiere sólo ser él mismo! Antonio, ya apasionado, hubo de responderle: "Sí, pero excitado por Cleopatra —but stirr'd by Cleopatra.

Enamorado así de la egipcia, el romano imploró el amor para gozos futuros. "Ahora —díjole refiriéndose a la política—, por amor al amor y sus horas dulces, no confundamos el tiempo

con conferencias ásperas". Y Cleopatra, silenciosa y ondulante, serpiente que se sabía del Nilo, esperó con maña. Esperó para tratar de imponerse sobre Antonio, cogerlo en su esencia, su alma, su yó: tomarlo por sus adentros, con su veneno embriagador de mujer que había de ser letal al fin y al cabo. Más tarde, Enobarbo, el capitán de los amigos de Antonio, yó girante en torno a éste —él, Enobarbo, que había sido el rudo corso del Adriático— había de darse cuenta de esa situación en que perdía vigor la afirmación del romano. Y la expresó en su tono divertido de melodrama. El amor de Cleopatra, dirigido instintivamente al dominio sobre Antonio, era astucia y artimaña: fingiría hasta la muerte para lograr que se le amase enteramente en la posesión plena del amado que debía entregársele del todo. ¡Cleopatra moriría instantáneamente, en ficción, para lograr sus propósitos! "La he visto morir veinte veces. Creo que halla conveniencia en la muerte, que ejerce sobre ella algún acto amoroso. Tanta es la prisa que se da para morir". Y Antonio reconoció que así era. Cleopatra era más hábil de lo que se pensaba. Siguió escuchando a Enobarbo en su comentario melodramático del amor que alimentaba la egipcia. La ironía, graciosamente, continuaba. Las pasiones de Cleopatra se animaban de los sentimientos más delicados del amor puro. Sus suspiros y lágrimas eran huracanes y aguaceros. Eran tormentas y tempestades mayores que las que podían señalar los almanaques. Pero la graciosa ironía de Enobarbo no podía ya nada contra la seducción ejercida por la reina sobre el guerrero. La rudeza de éste se había suavizado hasta la ternura ante el encanto femenino de aquélla. Y así la vía intraflectiva para la comunicación de las dos almas hasta el embebecimiento mutuo, la coapercepción en el deleite de los yós, se había abierto. Cuando Antonio lo sintió de ese modo, y quiso seguir afirmándose en lo que él, individualmente, había sido, suspiró diciendo que quisiera no haber visto nunca a Cleopatra: *would I had never seen her.*

Entretanto ésta, que seguía en su juego externo, andaba también por las vías agitadas del verdadero amor, que en celos la atormentaba. Mientras había vivido Fulvia, la primera esposa del romano, un celo lejano, pero agudo, la había inquietado ya. Y después de muerta Fulvia, al casarse Antonio por razones políticas con Octavia, el mismo celo siguió atormentándola. Cuando Antonio se ausentaba de ella, se exasperaba. Ordenaba que

se le buscarse y trajese. Era el pesar de la ausencia que le daba la certidumbre del sentido común de la existencia de Antonio como otro yó tan independiente del de ella, que tras habérselo identificado se le iba y hasta podía perdérsele para siempre. Fenómenos, pues, centrípetos para la coapercepción y centrífugos para la desidentificación de los yós en el amor. Y pensamiento e imaginación operaban ciertamente allí. Se pensaba en todas las posibilidades de esos fenómenos por Cleopatra. Y sus pensamientos eran entonces como torbellinos de la cogitación que se arremolinaba para obrar como ciclones que tomaban forma o figura bajo la imaginación de lo que podía ocurrir. No importaba que así el pensar se resolviera en alucinaciones de psicopatías. En Cleopatra había también su histeria, que era la histeria del amor penetrado del apetito de dominio. Algo de esquizofrenia por tanto. De ahí sus arrebatos fogosos, sus ímpetus violentos para afirmarse también como lo que ella era, en la propia individualidad de su yó. Pues era, en ese sentido, la igual de Antonio. También ella era noble y magnánima. Y lo que se movía por su yó se ennoblecía y engrandecía; con mayor razón los objetos de su amor, cuyos sujetos absorbía. Así el que la amaba, siendo amado por ella, absorto por ella, después del embeleso idolátrico y del deleite sarcófilo, volvía de ella con el resentimiento que dolía del haberse dejado fascinar por ella hasta ese extremo. Julio César, su primer amante romano, y Pompeyo, el segundo romano que la amase, tuvieron que resentirlo así. La suerte de ellos les impidió seguir en esa fascinación, que redundaba en hondos resentimientos. El genio de Shakespeare pudo entrever el curso de ese proceso en Antonio. Cleopatra quería mantenerlo hasta por la fuerza en su presencia, para mejor sorberle su esencia, que era justamente su yó. Charmian, la dama de la reina, hubo de aconsejarle lo contrario: "Mi señora, creo que si usted lo ama vivamente, no debe tentarlo hasta ese extremo".

Pasiones que así se desarrollaban velada y astutamente como para guardarse, cada uno de los amantes, en sus mismas entregas para la identificación en la coapercepción, dentro del dominio de sus propios yós, así se desarrollaron, pues, entre Antonio y Cleopatra. Y cuando Antonio tuvo que volver a Italia, a pesar de la decisión de reafirmarse en lo que propiamente era, quedó efectivamente preso de Cleopatra. **My full heart remains in use with**

you, tuvo que declarar a su amada. Esta, sufriendo entonces, creyó ver perfidia en las palabras, y exclamó: "¡Oh, amor falsísimo! ¿Dónde están los vasos que debieras llenar con licores de pesar?" Había visto la falsedad de Antonio con Fulvia. Y sufría de sólo pensar que con ella misma, Cleopatra, al morir pasaría lo mismo. Era que a su turno se sentía fascinada por Antonio, presa en la identificación que él tenía de ella, percepción de sí misma como objeto amado de otro sujeto amante. Y era el amor que ya se atormentaba, y, por el dolor, volvía desgarrado de aquel a quien se sentía unida en embeleso idílico y en lujuria carnal. ¿Cómo calmarse en semejante tormenta de cogitaciones arremolinadas en torno a yós que así sentían, intraflectivamente por la vía del amor primero y por la vía del dolor después, la realidad de sus existencias? Antonio trató de buscar el medio. La separación transitoria era ineludible y convenía. Las dos almas que se amaban y se resentían tenían que separarse, e iban a separarse, siquiera momentáneamente. Pero el distanciamiento en el espacio no los separaría de su unión en el tiempo, para siempre. La eternidad del gozo perfecto se cernía allí como una esperanza, siempre anhelada por el amor. Y así lo expresó simbólicamente Antonio a Cleopatra. "Que tú, residiendo aquí, vas conmigo, y yó, navegando de aquí, me quedo contigo". Nueva expresión del sentimiento de la identidad ya lograda por el amor, en la coopercepción de sus dos yós, dentro de un solo sentimiento de sus respectivas existencias separadas en la realidad.

Vase viendo así, pues, cuán diferente fue el afecto del amor en Antonio y en Paolo, en Cleopatra y en Francesca. Pero esa misma diferencia, que sirve ahora para dar pruebas distintas de cómo por dicho afecto se llega a la evidencia demostrativa de lo que se percibe por el sentido y como un lugar común se admite, demuestra de otra manera esta misma evidencia del sentido común respecto a la multiplicidad de los yós. Y la demuestra en verdad con mayor fuerza, como ya también se ha indicado. Porque efectivamente la prueba sigue en el drama de Shakespeare por ahí hasta agotarse en sus recursos— los recursos que el análisis y la exégesis hacen resaltar aquí, según se viene viendo. No se trataba entonces, en ese drama —que lo fue de lujuria en gran parte, como el de D'Annunzio— de un amor sincero, incontenible en su impotencia para morigerarse a sí mismo, como en el caso de Paolo y Francesca. Se trata-

ba de amores que, sin dejar de ser lo que es todo amor, eran, si no falsos, sí controlados, capaces de morigerarse a sí mismos. Cleopatra amó por cálculo tanto cuanto por pasión a Antonio, y lo persiguió, como antes había amado a Julio César y a Pompeyo, y a ambos los había perseguido con su pasión. Antonio, idólatra de Cleopatra, preso de sus encantos femeninos, a su vez no vaciló en seguir el consejo de Agripa que iba contra esa pasión. Y aun enamorado de Cleopatra se casó con Octavia, la hermana del segundo César, por conveniencia política. Mecenas calificó excelentemente el acto con palabras certeras de Shakespeare: "Si la belleza, la sabiduría, la modestia, pueden templar el corazón de Antonio, Octavia es una bendita lotería para él". Y así lo fue por un momento. Antonio pudo entregarse por cálculo a Octavia, para convivir con ella, acaso sin alcanzar a la coapercepción de su identificación subjetiva, mientras aún amaba de verdad a Cleopatra, con la cual sí alcanzaba a esa coapercepción. E hipócritamente se separó de ella movido por las causas más poderosas de su yó, la alegada razón de estado. "El mundo y mi grande oficio me separarán a veces de tu pecho", explicó a la romana mientras suspiraba por la egipcia. Y fue lo que ocurrió. Zigzag de su yó en el reconocimiento de los otros por la vía intrafactiva en que alternativamente rondaba. El mundo y los grandes deberes de guerrero y de político eran así el pretexto de Antonio para alejarse de Octavia. Y buscó por ese medio de nuevo a Cleopatra para reunírse con la reafirmación de sí, y de nuevo identificarse con ella, y una vez más volver de esa identificación en el incesante zigzag de su volubilidad egotética. Porque él era, por el amor, un infatigable sorbedor de yós femeninos, así como éstos eran sorbedores del suyo, para al fin y al cabo siempre reabsorberse en sí.

Así, por lo demás, Antonio mismo lo declaraba. Y después de su vivencia con Octavia, de nuevo en su vivencia con Cleopatra, vino para él la vivencia del dolor, en otro género de penas: la que le arrancaba de los embelesos en que se perdía a sí mismo y de donde, sintiéndose perdido, volvía con el resentimiento que lo dejaba en el encono. Si por el amor había abandonado la causa romana, por el dolor resentía ese amor como su deshonor, y eso lo enconaba, para reafirmarse a sí mismo hasta volverse contra Roma misma, su nuevo César. ¿No era lo que entonces había de decidir su suerte, su síno? "Oh, ¿a dónde

me has conducido tú, Egipto?" se preguntó. Y añadió: "Mira: ¿cómo llevar mi vergüenza fuera de tus ojos, viendo lo que he dejado detrás de mí, destrozado en deshonor?" En el fondo, a quien se dirigía en ese reproche era a Cleopatra, de quien resentía la pena que le hacía volver a sí mismo. Pero Cleopatra le respondió dudosa. Ella no podía creer que él la hubiera seguido hasta ese punto. Parecía, sádica, querer mortificarlo para retenerlo aún más dentro de su alma, posesora de su yó. Como divagando, casi un fantasma de yó que no quería entregarse aún más, Antonio siguió hablando de Egipto, sus dioses, que lo mandaban. Era el triunfo, quizás por última vez, de la egipcia sobre el romano, que también por última vez se entregaba. "Tú sabes cuánto me conquistaste, y que mi espada, debilitada por mi afección, había de obedecerle en toda causa". Y así, en efecto, el yó de Antonio y el yó de Cleopatra se identificaron por vez última hasta la coapercepción en su existencia humana, que conjuntamente también, como en el caso de Paolo y de Francesca, había de perecer.

¿Cuál, entonces, para lo que aquí importa, había de ser el resultado de esta nueva vivencia del yó de Antonio en la existencia del yó de Cleopatra? No otro que el del reconocimiento de la realidad histórica que el uno y el otro vivían y en que habían de obrar identificados en sus mutuas coapercepciones como un solo eje, sintético de ambos, de acción para los hechos donde intervenían. Y ambos resaltaron así sobre el fondo histórico de Egipto y de Roma en los trasuntos que habían de incumbrir a la suerte del mundo oriental del Mediterráneo, hasta allí, en ese sentido, sólo pendiente de Roma. Con Antonio y Cleopatra unidos por el afecto del amor y sus ambiciones, Roma corría el riesgo de que su posición de dominio, luego de poderío, pasase a Alejandría. Ni Antonio ni Cleopatra, ésta sumisa en ello a Antonio, dejaron nunca de pensar así, para que ese pensamiento, coagitado en sus pasiones sedientas de voluptuosidades como las que podía ofrecer el lujurioso mundo oriental, los moviese aún más contra el mundo frío y austero que el nuevo César, tras sus tropelías de calavera, trataba entonces de imponer. El triunvirato que la conveniencia política de Roma había establecido se había repartido ya el gobierno del imperio con Octavio en Roma y el oeste, Lépido en el norte de África, y Antonio en Alejandría y el este. Como una cuña que había de desaparecer pronto,

Pompeyo hijo subsistía en Sicilia y Cerdeña, tras una capitulación que el triunvirato había hecho con los acuerdos de Misenio. ¿Cómo no ver que si la preponderancia de Egipto llegaba a imponerse, Roma corría el riesgo de arruinarse? La razón política del antagonismo César Augusto-Marco Antonio estaba en esa posibilidad de eventos históricos decisivos para el Imperio. Era una razón que obedecía, en última instancia metafísicamente, al reconocimiento tácito del sentido del derecho a afirmarse, pero también a combatirse, cada yo. Y combatirse fue lo que se cumplió. Si Alejandría hacía frente a Roma, Roma tenía que hacer frente a Alejandría, y por tanto Antonio tenía que enfrentarse a Octavio, como Octavio tenía que enfrentarse a Antonio. Fue la guerra que había de acabar con el idilio de los dos yós en que se habían conjugado el alma romana con el alma egipcia, la convivencia en la coapercepción de Antonio y de Cleopatra. Las guerras de conquistas imperiales que habían dado a Roma su inmenso poderío, por fin habían de vencer también las guerras civiles de las enemistades personales. Pero no sin haber dado antes este fenómeno de la producción de dos yós superiores, capaces de servir de prueba, por la vía de sus vivencias intrafactivas, de la realidad de la pluralidad de los yós, de la verdad de la tesis del pluripsismo.

Un vasto embrión del mundo posterior que había de seguirse de los acontecimientos históricos que así se cumplieron, y para el mundo moderno tras el suceso bimilenario del género humano con sus yós sin fin, allí se gestionaba. Tras los pavares de aquellas guerras imperiales y civiles, Roma iba a esforzarse para imponer la paz del derecho que le daba su dominación. En el espíritu humano dormitaba o latía la conciencia del acto imperativo del deber vivir en la paz. Y esa conciencia corroboraba indirectamente, sin que nadie entonces, desde luego, se diera cuenta del alcance metafísico, la prueba vivencial de la existencia de la multiplicidad infinita de los yós, el derecho de vivir todos ellos, en los hombres y en las mujeres. Era lo que en pequeña escala, pero superiormente, aunque también sin darse cuenta de aquel alcance metafísico, había de corroborarse con Antonio y con Cleopatra, quienes asimismo tuvieron que sentir el latido de esta conciencia. De ahí resultó para ellos el presentimiento que los atormentó, el del síno fatal de ambos contra el cumplimiento de un destino mayor, y el que impul-

saba principalmente a Antonio a tratar de reafirmarse como lo que era, una vez más hasta el último momento, el yó de un romano funestamente prendido de un yó egipcio. ¿Cómo apartarse de esa suerte? En una exclamación de pena, Antonio tuvo que decir a Cleopatra: “¡Ay, nuestra luna terrenal se ha eclipsado! Y ello pronostica sólo la caída de Antonio”. Y Cleopatra hubo de enfriarse ante esa pena. Como Antonio, entonces, le preguntara si su frialdad era para él, le respondió: “Oh, querido, si fuera así, que de mi frío corazón el cielo engendre granozo, y lo envenene en su origen, y lo arroje contra mi cuello y así destruya mi vida primero, después la de Cesario”. ¿No era el preludio de la disputa letal que se aproximaba entre los dos yós, cada uno en la determinación del esfuerzo para afirmar su derecho individual? Sí. Pero no más que el preludio, aún, en esa dialéctica de la disyeción de los yós identificados por la vía intrafactiva de la vivencia del amor, que todavía se impondría con la serpentina maña de Cleopatra. “Pues que mi amo es Antonio nuevamente, yo seré Cleopatra”.

Mas el fin de esa coapercepción de identidades seguía aproximándose. La vivencia de la existencia del uno en el otro continuó así en la aproximación de los últimos instantes de su tragedia. Aún Antonio había de tratar de volver a sí, afirmarse una vez más en lo que era su propio yó, tantas y tantas veces sumido en el de Cleopatra, transfundido en el de ella como el de ella se había transfundido en el de él. ¿Por qué medio? Siempre el de la reacción contraria a la del amor: el del resentimiento, rencor, odio por haberse dejado llevar hasta ese extremo de la anulación del propio yó por otro que lo había absorbido hasta predeterminarlo en su suerte. Pues hasta en ese caso penetró el genio de Shakespeare, sin duda sirviéndose de los datos de Plutarco, pero en todo caso con un sentido de psicología humana que faltó a éste, profundamente para hacer resaltar aquello de lo cual él tampoco adquirió conciencia, y es lo que el análisis y la exégesis de su drama ponen de manifiesto aquí. En las escenas últimas de la tragedia, en efecto, el análisis psicológico y la exégesis especulativa pueden hacer ver entonces cómo el yó de Antonio se había sumido tan hondo en el de Cleopatra, que viéndose a sí mismo por medio del sujeto de ésta, luego haciendo de su propia subjetividad una objetividad de la subjetividad de la egipcia, predeterminó la suerte que había de correr su ser.

¿Y no es ahí, en esas profundidades de la subjetividad, donde se encuentra el yó esencial del cual emanan las decisiones, como de una espontaneidad que es la de la libertad de la inteligencia pura, que predeterminan una suerte humana? Sin duda alguna. Y es lo que el análisis y la exégesis hacen resaltar de las escenas últimas de **Antony and Cleopatra**.

Al percatarse, pues, en su vuelta a sí, tras sus últimos arrobamientos de amor identificador con Cleopatra, de que ha sido por haberse sumido en tales arrobamientos, por lo que él mismo, sujeto de su sér a través del sujeto del sér de Cleopatra, se ha hecho objeto de sí mismo y ha determinado lo fatal de su propia suerte, Antonio se volvió furioso contra la amada. No hubo ofensa o insulto que escatimara. Tornando a sentirse lo que era, el varón más completo de su época, y viéndose vencido por el insignificante Octaviano, a causa de Cleopatra, se desprendió de ésta para airarse en toda su estatura, la altura de su plenitud. ¿Qué era ante ésta Cleopatra? La mujer ya marchita desde antes que él la conociera. **You were half-blasted ere I knew you.** Había sido la concubina de Julio César, de Pompeyo y también de él mismo, Antonio. A pesar de haberse ella casado con él, era casi una pública meretriz que no había conocido ninguna templanza. ¡Y pensar que por ella él había llegado a sumirse en el olvido de todo, hasta su propio honor, para causarse a través de ella su deshonor, la ruina definitiva de su sér! Así sus pensamientos volvían a agitarse en el torbellino de vórtices cuyo sistema giraba ya tormentosamente en torno a su yó para que volviera a ser, siquiera por instantes en los últimos eventos de su vida, el original y superior Antonio!

De la misma manera —esto es, con igual resentimiento de encono— Cleopatra hubo de alejarse entonces del amante colérico que en la tormenta de sus pensamientos volvía a hallar el torbellino de las cogitaciones de las cuales se seguía su existencia más propia. ¿Qué hacer? No se le escapaba a su instinto lo que estaba por sobrevenir. ¿El suicidio? Temblaba ante la idea horrible de lo que tantas veces había simulado: la muerte. Y ese temblor era el de su angustia, el del sufrimiento erótico contrariado, la histeria femenina — en suma, la psicopatía por el amor a través del cual la mujer halla siempre la vía para la afirmación objetiva de su yó. Cleopatra tenía también que pensar. Y pensaba por cierto tormentosa, tempestuosamente enton-

ces, en aquellos momentos supremos que iban a decidir de su suerte. Así, también en ella los pensamientos se arremolinaban en los torbellinos, vórtices activos de las cogitaciones que se agitaban en ella para que de ellas se siguiera el sér más propio de ella misma, su individualidad, su yó independiente ya vuelto a sí y desprendido del de Antonio que se lo había absorbido. Por esos torbellinos, vórtices de cogitaciones que la agitaban, tenía pues que reafirmar de nuevo su propio yo —un yó ante todo y por encima de todo lujurioso, en todo caso principalmente erótico—, fuente del más poderoso instinto de la vida, y ¡ay!, en la humanidad, de todas las astucias y enredos que envuelven al hombre en los azares y laberintos donde sólo prepondera el sín. Era lo evaico, lo eternamente femenino en su aspecto diabólico, encarnado en Cleopatra. Y así ella tornó a ser lo que había sido y tenía que seguir siendo: falsa e insidiosa. La falsedad e insidia de ella contra la lealtad y sinceridad de Antonio en decadencia. Porque, a la vista del desastre inminente, un oriental astuto, despectivo de mujeres políticas, aconsejó al romano la muerte de la egipcia. Fue el consejo de Herodes. Y era lo que debía seguirse de la fuga de Accio a la cual Cleopatra había arrastrado a Antonio, para restablecer el prestigio que se perdía de éste en Roma. Ya, en efecto, después de esa fuga, ni los que hasta entonces habían seguido admirando a Antonio y esperando en él, podían considerarlo de otra manera que como a un traidor. Pero si Cleopatra desaparecía de escena y Antonio con un acto heroico de romano genuino anexionaba Egipto a Roma, entonces él volvería a lucir como el astro de primera magnitud que había llegado a ser después de Julio César. Pero Antonio no era ya capaz de semejante medida. Su yó vivía aún demasiado absorto, a pesar de sus reacciones coléricas, no exentas de celos, en el amor de la egipcia... En cambio Cleopatra había comenzado a entenderse en asechanza con Octavio, de quien, triunfador, esperaba gracia. ¿Habría sido ella capaz de asesinar a Antonio, como Octavio le proponía que lo hiciera, para que ella misma se salvase y quedase todavía como reina de Egipto? Quizás... Pero pronto había de convencerse de la celada que el inhumano Octavio le tendía. Antonio había de morir sólo por sí mismo. Y sólo cuando ella se persuadió del fin que iba a tener si seguía sobreviviendo a Antonio, optó por el suicidio. Entonces comprendió que toda su dignidad estaba en

su muerte. Había de afirmar así su yó en su independencia, por razones exclusivamente pertinentes a él — al igual que Antonio, quien también al suicidarse había de afirmar su yó en su independencia, por razones exclusivamente pertinentes a él.

Tal, entonces, la verdad de la historia, en esta fenomenología de los dos yós extraordinarios del romano y de la egipcia. El desenlace, en el drama de Shakespeare, no hace más que hacerla resaltar, con ligeras variantes en los efectos teatrales que naturalmente el dramaturgo tenía que buscar. Pero estos efectos son justamente los que mejor hacen vivir las pruebas que aquí se han venido buscando. Así allí Cleopatra tenía que afirmarse estéticamente tal cual tenía que imaginarse por la mente del poeta. Había de afirmarse, en toda su estatura trágica, una vez más como lo había sido su yó de mujer imperiosa y dominadora por su astucia y falsedad. Así, para terminar, ordenó a su eunuco Mardian que fuera a decir a Antonio que ella, Cleopatra, había sucumbido, y que su última palabra al morir había sido ¡Antonio! Tal falsedad era pues la que había de mostrarse como una de las últimas afirmaciones del yó de Cleopatra. De modo que, refugiada entonces en el mausoleo que se había erigido para ella y Antonio, tornó a ser esa máscara de la animalidad instintiva, para lograr su propósito, que siempre había sido el de fascinar por el amor para dominar. Con la mentira de la muerte, la falsedad, que con el espanto de los hechos había de convertirse en realidad, del suicidio, quiso así atraerse por última vez, como para siempre, a Antonio. Y a éste anunció entonces Mardian la falsa terminación de la vida de la reina. Rendido ya en la impotencia, ante la noticia procedió Antonio también al suicidio. Pero hasta el coraje había declinado en él para acto tan definitivo. Pidió a su fiel servidor Eros que lo rematase. Pero éste, incapaz de hacerlo aunque se lo había prometido, prefirió volver la espada contra sí mismo y matarse. Antonio se vio así precisado a proceder por sí mismo arrojándose sobre el arma. Mas no supo hacerlo y dio motivo a Shakespeare para una de las escenas más intensamente trágicas de su drama:

I have done my work ill. O make an end
Of what I have begun.

gritó a los guardas que entraron a recogerlo. Y en seguida a Diomedes que venía de parte de Cleopatra:

Draw thy sword, and give me
Sufficing strokes for death.

Pero Diomedes le traía noticias de Cleopatra que aún vivía, que en realidad no se había matado; y Antonio todavía había de pedir que se le llevara al refugio de la amada. Shakespeare explotó esos motivos para efectos teatrales aún mayores, como para hacer resaltar, sin proponérselo, el zigzag de las vías intrafectivas que seguían dando allí las pruebas de la realidad de los yós en su independencia. Y la escena que entonces siguió, la última del acto cuarto, vino a hacerse así la exposición trágica de ese zigzag en que por el afecto del amor un yó sale de sí para confundirse con otro yo hasta identificarse con él y coapercibir, desde él mismo, ese otro yó que verificaba existencialmente la realidad de éste tanto cuanto, al volver sobre sí, la de sí mismo. Mas, para morir Antonio tenía que volver a ser y volvió a ser el mismo. Ante el espasmo de dolor de Cleopatra que lúricamente pedía al Sol que hiciera arder la esfera en que se movía y oscurecida estaba la orilla cambiante del mundo,

Burn the great sphere thou mov'st in! O sun, darkling stand
The varying sohore o' the world! — O Antony,
Antony, Antony! — Help, Charmian, help, Iras help!

Antonio pidió serenidad y dijo que no había sido el valor de Octaviano lo que le había vencido a él, Antonio, sino Antonio el que había triunfado sobre sí mismo:

Peace!

Not Caesar's valour hath o'verthrown Antony,
But Antony's hath triumphed on itself.

Era, pues, su yó, que ante la muerte por vez última defendía lo que había sido y lo que tenía que tornar a ser en su último instante. Y Cleopatra tenía que corresponderle en esa vindicación. Pues también ella tenía que morir reafirmándose en lo que había sido y tenía que tornar a ser en el último momento de su vida. En sus oídos debían resonar las imprecaciones coléricas que antes le había dirigido Antonio cuando, celoso quizás del futuro, había advertido cuál sería su suerte si seguía a Octavio:

Let him take thee
And hoist thee up to the shouting plebeians.

Follow his chariot, like the greatest spot
Of all thy sex: most monster-like, be shown
For poor diminutives, for dolts; and let
Patient Octavia plough thy visage up
With her prepared nails.

Sí, Cleopatra debió ver entonces, como en terrible pesadilla, todo ese horrible cortejo del triunfo de Octavio, arrastrada ella como despojo expuesta al ludibrio de la venganza romana, y sobre todo de la paciente Octavia que iba a ararle su cara con las uñas que ya tendría preparadas. Entonces, en el dolor, reaccionó para volver a ser ella misma, reafirmar su regio yo, y cometió el suicidio:

Husband, I come!
Now to that name my courage prove my title!
I am fire and air; my other elements
I give to baser life.

Invocando al amado, su coraje probaba su título, y siendo fuego y aire, dejaba los demás elementos de su vida a un mundo inferior.

Epílogo.

Aparte, ahora, de este estupendo drama de Shakespeare, ¿qué es lo que la realidad histórica ofrece para la comprobación de los hechos de la coapercepción de los yós de Antonio y de Cleopatra? ¿Qué, en sus juegos de identificaciones y desidentificaciones —absorciones del uno en el otro, del otro en el uno—, para sus reacciones y reafirmaciones alternativas de cada yó en sí y por sí? Lo que realmente ocurrió. Antonio se orientalizó no sólo políticamente, hasta el vivo deseo de llegar a ser un rey fastuoso y polígamo, sino también místicamente. Se dejó así deificar. Y se deificó como Dionisos para simular teogamias con Atenea. En ambos sentidos bajo la influencia de Cleopatra, que logró hacerlo casarse con ella para que fuera como un faraón egipcio. Y así su yó fue objeto de mudanzas. El rudo y hosco guerrero, considerado como el hombre que más valía después de Julio César, cedió ante Cleopatra. Y transmutando por ella su yó, labró su propia ruina y la victoria de quien le era tan inferior, el aún monstruoso Octavio. Al orientalizarse, más aún, al asiatizarse, el dominador romano que no dejó de subsistir en

él, se fue debilitando así progresivamente, a medida que su yó se iba absorbiendo y, en veces, subordinando por el de Cleopatra. Porque ésta lo fascinaba, como se ha visto, mientras él creía estar sólo fascinado por la conquista de Persia y la adquisición de grandes riquezas para deslumbrar a Roma. Era el efecto de la artimaña femenina, que alentando los apetitos bélicos y conquistadores del guerrero, hallaba el medio para atraerlo a sí, anudarle su yó con el suyo. Además, a la astucia de la egipcia se unía su propia ambición, que también halagaba a la de Antonio. Aunque poco partidaria de la empresa de Persia, donde preveía el fracaso de éste, lo animaba a la dominación del inmediato oriente, de la cuenca del Mediterráneo, rico y culto, para reinar desde Egipto sobre Roma misma... y desplazar al insignificante Octaviano hacia el occidente lejano, bárbaro y pobre. Así, detrás de la pasión del amor, que era la vía afectiva para la conquista de un yó por otro, obraba la pasión de los intereses personales, que era la vía argumentativa para la reafirmación de cada yó en lo que era, tras los hechos de sus cooperaciones. Y cuando Cleopatra, tras sus raptos idolátricos, exaltados en la lujuria sarcófila hasta verse en teogamia a sí misma como Isis, a Antonio como Osiris, dueña del yó en que se había apercibido del suyo propio como objeto, volvía a sí misma para reafirmarse en lo que era, dejaba a Antonio que también fuese en lo que él era y debía ser, asiático emperador desde Egipto para que ella fuera asiática reina desde Roma.

De ese modo fue, pues, como Cleopatra, cuando logró que Antonio, ya completamente seducido por sus encantos, se casara con ella, vio cumplirse lo que buscaba prácticamente: la satisfacción de sus ambiciones para la plena afirmación de su propio yó. Que si Antonio tenía indiscutiblemente una autoridad suprema, ella por su parte contaba con una astucia eficacísima. Y todo indica que ésta triunfó sobre aquélla, para la ruina de Antonio, empero, y de ella misma. Así, por ejemplo, cuando, creyendo ser ya dueña del amado y oponiéndose a una nueva aventura en Persia, acompañó a Antonio con el propósito de disuadirlo, por la vía intrafactiva que llegaba a lo profundo de su yó, con simulaciones de enfermedades y aflicciones que al fin se impusieron y echaron a perder los planes de la expedición. ¡La idea de un imperio egipcio, bajo su mando, no se extendía hasta regiones tan remotas, sino se limitaba a lo inmediato, práctico,

la cercana Armenia al este, Grecia al norte y Roma al oeste, para disfrutar del amor en el lujo de un reinado suyo, cleopátrico, fastuoso y voluptuoso! Y era lo que daba ocasión para que en Roma, donde Antonio había gozado de tanto prestigio y siempre se desconfiaba del cruel calavera Octaviano, se desacreditase a aquél y se le señalase como enemigo de Roma que quería acabar con el imperio de ésta para establecerlo en Alejandría. Cuando Antonio se percataba de ello, sufría, y en el dolor de su sufrimiento reaccionaba para tratar de volver a ser lo que era su propio yó. Pero hasta en Éfeso, como en Accio, Cleopatra logró imponerse sobre Antonio, e hizo que se le subsumiera para que se viese a sí mismo como un objeto que se determinaba a la acción por las decisiones que pasaban por las profundidades anímicas, egotéticas, de Cleopatra. Hasta Enobarbo, el viejo corso del Adriático, ya prominente senador en Roma, adverso a Octavio y adicto a Antonio, pudo darse cuenta de la fatalidad que así prevalecía y empezó a alejarse de Antonio. Adelante había de desertarle. La suerte estaba echada incontrovertiblemente. Y, como cuando se trató de Cartago, los romanos comprendieron que se trataba de una lucha que había de decidir si Roma subsistiría o no como lo que había llegado a ser. Antonio, sumido así en Cleopatra, llegó hasta la repudiación de Octavia, tomó medidas testamentarias que tenían que indignar a los romanos, y Octavio encontró medios para enfrentarse decididamente a quien ya le era fácil señalar como enemigo de Roma. El síno era que el inferior venciera al superior.

Ahora bien, considerando así, en esta realidad de la historia, retrospectivamente todas las pruebas que quedan expuestas, entresacadas de las dos obras dramatúrgicas que quedan analizadas e interpretadas en el sentido egológico que aquí importa, se pueden añadir las siguientes argumentaciones, que han de contribuir a sacar las debidas consecuencias que en resumen debe exponer este epílogo.

En la obra de D'Annunzio se halla así que, en torno a Francesca, foco iluminador por el amor de otros yós, como sombras opacas éstos vinieron a girar en círculos de acciones que también se determinaron para iluminarse y adquirir luz de propia existencia por el esplendor amoroso de aquélla. Giraron allí como satélites que formaron un pequeño sistema yoal — pequeño grupo social, casi cortesano, de yós. Tales fueron **le donne**

di Francesca: Biancapiore, Alda, Garsenda, Altichiara, Adonellas, en fin la esclava. Fue efectivamente como una pequeña comunidad semicortesana que se proyectaba sobre otra mayor, la italiana, en la innumerable multiplicidad de los yós que coetáneamente poblaban, cuando se dieron, el suelo de Italia. También por el afecto del amor Francesca llegó a hacer girar, en torno a su yó como núcleo, el cortejo de esos otros que la circundaron siempre y la siguieron asímismo hasta en el dolor, cuando pudieron afirmarse en lo que cada uno, más o menos débil u opacamente, era. Y por su parte, en torno a Gianciotto, yó enérgico, vigorizado por el resentimiento que lo llenaba de enconos para la venganza, giró solamente otro yó, bastante menos notorio, que se iluminó e hizo resaltar por aquél, el yó insidioso y escurridizo, proclive a la perversidad, de Malatestino. Los dos formaron, frente al sistema septenario de Francesca, un sistema sólo binario de yós, compuesto de una masa grande, por decirlo así, y de otra pequeña. En torno a Paolo, yó solitario en su intensa concentración, no vino a girar propiamente ningún otro yó —salvo el de Francesca con su séquito. En belleza humana, físicamente hablando, Paolo ejerció toda su fuerza de atracción sobre el sistema yoal de Francesca, que se movió todo entero irresistiblemente hacia él— tal, se diría, cual el sol del sistema planetario se halla siempre inconteniblemente arrastrado hacia un foco ignoto en la constelación de Hércules.

Y, **mutatis mutandis**, en la obra de Shakespeare, con mayor razón puede seguirse la metáfora de estas comparaciones para ilustrar las pruebas vivenciales, o experimentales, ya dadas de los yós en la pluralidad de sus existencias independientes. En torno al de Cleopatra, así, sol también iluminador por el amor, aunque también, y quizás más, por el cálculo y la astucia, giraron como sombras opacas, inmediatamente a ellas, otros yós, en órbitas de acciones que igualmente se iluminaron y adquirieron sentido de existencia por el esplendor afectual de aquélla, como satélites que formaron igualmente un pequeño sistema yoal. Tales fueron **the attendants on Cleopatra**: Alexas, Seleucus, Diomedes, Charmian, Iras, en fin el eunuco Mardian. Era en efecto una pequeña comunidad privada, cortesana, que se proyectaba sobre otra mayor, la ya mediterránea, en la infinita multiplicidad de yós que coetáneamente se dilataban, cuando se dieron, por los ámbitos del Imperio romano, en el ocaso del egip-

cio. Asimismo por el afecto del amor, Cleopatra hizo girar en torno a su yó como núcleo el cortejo de esos otros yós que la circundaron siempre y la siguieron igualmente hasta en el dolor y el propio sacrificio cuando pudieron afirmarse, más o menos opacamente, en lo que cada uno era. En torno a Antonio, el yó más vigoroso y completo entre los hombres del período en que sobresalió, vino a girar otro sistema de yós secundarios, pero mucho más sustantivo que el de Cleopatra, también como sombras opacas, en órbitas de acciones que similarmente se iluminaron y adquirieron sentido de existencia por el cálculo político que se intensificó y movió en Antonio mismo por su imponente cogitación de guerrero imperialista que se desplazaba como un vórtice de tormentas conquistadoras. Sistema de yós que se dejó arrastrar, con el sol que lo iluminaba y centraba, hacia el **apex** en que había de hundirse como un cataclismo para su frustración, Cleopatra misma. Tal el sistema de los **friends to Antony**: Enobarbo, Vestidius, Scarus, Dercetas, Demetrius, Phylo y Eros. Era en efecto una pequeña comunidad privada, cortesana, de yós que bajo la acción —influencia— de Antonio, se compactaban para obrar en su favor — hasta que la deserción de Enobarbo rompiera su cohesión de sistema yoal. Y frente a éste, antagónico a él, apareció y se formó entonces el otro que había de mostrarse más afortunado, ya que no más poderoso ni más valioso, otra comunidad menos privada, más pública u oficial y escandalosa, abiertamente cortesana: la de los **friends to César**: Maecenas, Agrippa, Dolabella, Proculeius y Thyreus. Y aun otro más, menos notorio, de menor cuantía ante los de Antonio, Cleopatra y el nuevo César: el de los **friends to Pompey**: Menas, Menecrates y Varrius. Conjunto por tanto de comunidades de yós con valores históricos, probándose en su existencia por las vías afectivas de sus pasiones, sensaciones, percepciones, emociones, simpatías y antipatías, tolerancias e intolerancias, amores y odios, astucias y contrastancias, para constituir el trascrito del momento, en sus reconocimientos implícitos del derecho de cada uno para afirmarse y sostenerse, mientras empero se combatían y tendían a destruirse. Conjunto que había salido de la nebulosa, por decirlo así, de las fuerzas caóticas que Julio César había impelido, con sus cogitaciones imperiales, hacia su concentración final en Roma, y que en vano habían tratado de equilibrarse con el triunvirato de Marcus Antonius, Octavius

Caesar y Aemilius Lepidus, que también transluce desde el fondo de la obra de arte de Shakespeare.

Tal, entonces, la disposición de resumen para las consecuencias que aún importa señalar aquí. Consecuencias de valor que derivan, pues, de los sistemas de yós que así vinieron a formar grupos de personas dentro de una comunidad humana en un momento de viraje para determinar a la posteridad una nueva dirección histórica. Integrales esos sistemas de yós individuales que así surgieron, se formaron, desarrollaron, crecieron y vivieron, probándose mutuamente en sus existencias, tales cuales se acaban de reconocer, vienen a exponerse ahora en su proyección aquende las sociedades egipcia y romana. Y entonces éstas se comprenden con los alcances que su realidad había de tener para el futuro universal del género humano, la hechura histórica de las generaciones y generaciones de los nuevos, múltiples, infinitos yós que habían de seguir produciéndose como existencias positivas, en nuevos sistemas sociales del curso histórico. Eso, en efecto, es lo que, en su evidencia apodíctica, vienen a demostrar los análisis y las exégesis anteriores, por lo mismo que, partiendo de la base dada por las vías existenciales de lo intraflectivo de los yós, demostrativamente se llega al establecimiento de la realidad de éstos, en sus posiciones, oposiciones, descomposiciones y recomposiciones para constituir los núcleos en torno a los cuales giran las grandes sociedades humanas. Ni es otra cosa lo que se acaba de hallar justamente allí donde, por confluencia de la inteligencia jurídica de Egipto, fuente, a través de la griega, de la romana, y la inteligencia asimismo jurídica que se desarrollara en Roma, se llegó al reconocimiento explícito, como cosa de sentido común, de los yós en general jurídicos (aunque desde luego no se les denominara así), o de derecho. Es decir, se llegó al reconocimiento no sólo de hecho, como se da por el sentido común, sino además de derecho, como se establece por la inteligencia precisamente jurídica, que es la que hace que los individuos sean reconocidos como entidades de derecho realmente existentes. Así, la coapercepción lograda por la vía intraflectiva, tal cual se acaba de ver en las *dramatis personae* de *Antony and Cleopatra*, se confirmó desde que se precisó la inteligencia que obligaba al reconocimiento de derecho de lo que de hecho se coapercibía: reconocimiento del otro yó como realmente existente, aparte del yó que con él afec-

tualmente se coapercibía, y que intelectualmente tenía que reconocerse en todos sus legítimos derechos. Porque lo que obligaba a reconocerlo así era ya un mandato de la inteligencia que razonaba, un *jus* —una categoría del deber ser— a la conciencia que meramente percibía y, en tanto, establecía el derecho de los otros yós a ser reconocidos como tales, para el yó que se relacionaba con ellos.

De ese modo, pues, entonces bajo conceptos ya metafísicos del derecho en cuanto a un puro mandato o *jus*, categoría imperativa del deber que racionalmente obligaba, la justicia fundamental de la concordia, para la convivencia de las personas humanas, quedaba establecida como prueba intelectual por encima de las pruebas intrafactivas de los otros yós. Y fue lo que explícitamente vino a formularse por los textos mismos del derecho romano que, derivando del egipcio a través del griego, positivamente llegó a expresarse en las decisiones de los jurisconsultos de Roma, las instituciones a que ellas obedecían o que de ellas derivaban, tales cuales siglos después habían de exponerse, ya en resumen culminante, por el sintagma que ordenara hacer Justiniano. Porque lo que allí se reconocía era que, en función de la razón, luego de la inteligencia pura, su categoría o imperativo del deber, la voluntad constante y perpetua de atribuir a cada uno lo suyo —en abstracto a cada yó su existencia—, mandaba no perjudicar a nadie y vivir honestamente: **honeste vivere, alterum no laedere, suum cuique tribuere**. Y en consecuencia se complementaba de esa manera lo que aquí precisamente se ha venido considerando: la prueba de que por la vía existencial de lo intrafactivo, se llegaba ya desde la vida meramente afectiva a la vida complejamente jurídica del ser humano donde lo positivo del derecho conducía a la demostración, por la vía intelectiva que complementaba aquélla, de la realidad plural de los yós. De ahí el *jus gentium*, o derecho de los grandes grupos de yós compactados en naciones, que los pretores, los jurisconsultos y los emperadores romanos habían, no de inventar, sino solamente de imitar de los egipcios, según lo demostrara Revillout, con lujo de razones, en sus instructivas lecciones sobre *LES OBLIGATIONS EN DROIT EGYPTIEN*. Por lo cual lo que aquí se confirma ahora es que es de justicia imperativa inmediata del deber, la conciencia moral, reconocer la infinita pluralidad de los yós en su existencia real. La conciencia mo-

ral que es la del deber, implica así que, por cuanto éste es la razón de ser de cada yó como entidad jurídica, por tanto tiene que reconocer los otros yós con quienes tiene que cumplir ese deber, asimismo como entidades jurídicas. Y tal es la base moral, entonces, de la justicia, el *jus* que manda reconocer de derecho lo que de hecho se conoce por el sentido común, la existencia de los otros yós.

No cabría por consiguiente suponer más, conforme a la tesis del solipsismo, que la conciencia moral que impone el cumplimiento de obligaciones, mandatos del deber, y hace teóricamente posible el derecho, al implicar justamente la existencia de los yós con respecto a los cuales tiene que cumplir aquellas obligaciones, mandatos, habría de tomar tales yós como meras ilusiones o fenómenos de sí. Más aún, la tesis del idealismo que hace posible a esta del solipsismo, cae también por este argumento de orden moral y jurídico, después de haberse ignorado completamente por las posiciones estéticas y artísticas de la humanidad. Y en resumen, entonces, ya sobre la base de todas las pruebas expuestas como intrafactivas a través de las dos obras consideradas de D'Annunzio y de Shakespeare, de la pluralidad sin fin de los yós, especulativamente queda demostrado, en general, cómo es que cada uno de esos yós tiene que reconocerse en su existencia real, positiva. **Primero**, por una actividad orgánica o corporalmente afectual que dilata la sensación hasta la percepción de otros seres semejantes en los cuales penetra hasta la coapercepción. **Segundo**, por una actividad intensamente cogitacional que esquematiza los modos esenciales del sér. Y **tercero**, en fin, por una actividad radicalmente intelectual que origina agitando, promoviendo y moviendo a la cogitación. ¿No es asimismo, además, como hay que comprender psicológicamente entonces, lo que cada yó llega a ser? A buen seguro, en cuanto llega a ser centro o foco para lo que se da como existencia donde viene a intervenir como órgano, en parte creador, en parte meramente constituidor. De suerte que, produciéndose así, siempre conforme a un arquetipo de humana yoidad, en cualquier momento del tiempo o en cualquier punto del espacio, luego noemáticamente, viene a producirse, por razones más profundas aún, en dependencia de los modos esenciales de la causalidad, la unidad, la pluralidad, la totalidad, la relación, etcétera, luego categóricamente. Con todas las variaciones posibles que pueden

seguirse y tienen que seguirse de semejante curso de su producción. Como por ejemplo ya bajo la categoría de la humanidad: si atrasado en este curso, obrando el efecto del hombre ignorante; y si avanzado en ese mismo curso, obrando el efecto del hombre sapiente, dentro del sistema global del macrocosmos en el cual mentalmente aparece como microcosmos. Que reflejando éste, así, los procesos de la creación de aquél, que recapitula en sus fases, ilumínalo con la propia iluminación interior de sí que es justamente la de la conciencia ya en la propia apercepción, como verbigracia en este último caso del hombre sapiente. Pues es entonces cuando se produce como el yó que rastrea el curso ya histórico de la humana sapiencia desde el **noein te kai einai eauton estin** de Parménides, hasta el **cogito ergo sum** de Descartes y más acá hasta lo presente.

Finalmente, desde la posición así lograda del pluripsismo que refuta al solipsismo, el yó se puede designar como reflejo en lo profundo que viene a mostrarse cual un foco que proyecta el sistema metafísico de los actos —esencias— que tienen que cumplirse, más o menos, en el sistema físico de los efectos —existencias— que tienen que aprehenderse en cada conciencia, espíritu, filosofía, o metafísica, sistema siempre creciente, jamás finito de la sapiencia suma. Porque designándosele así, por él se viene a comprender además cómo es que este mismo sistema viene presentándose como un curso de reflejos que van reproduciendo las imágenes del curso que van siguiendo la generación y la constitución del sér en semejante producción del saber, tras la procesión de los torbellinos o vórtices de las cogitaciones que se van desplazando según ya se ha indicado. De modo que, mirando entonces más de cerca en ello, y devolviendo de ahí esa misma aprehensión en el curso así seguido desde su principio, para tornar y retornar indefinidamente de éste, se aprehenderá aún más el yó también en su generación y constitución incesantes, la verdadera y real egogonía. ¿No es ejercitándose en este ejercicio de vueltas y revueltas del yó en torno a sí mismo, el torbellino de cogitaciones que lo genera y constituye, para mirar alternativamente a lo esencial y a lo existencial, como la atención a su generación y constitución por fin se fija en la intención que tiene todo ello? Fíjase así en ésta para advertirla en su prolongación a través del proceso no sólo abstracto, sino concreto de su realización, logro progresivo, cum-

plimiento que avanza por grados, hasta llegar a la apercepción de sí mismo como sujeto cardinal donde se da aquel reflejo de lo macrocósmico en lo microcósmico. Y la advierte así para iluminar aún más ese mismo proceso en el flujo incesante que es de actos de síntesis de lo noético con lo estético (de lo intelectual con lo sensual) para estructurarse en el sistema que por ahí mismo sigue fluyendo de la existencia. Y por cierto de tal manera, que en suma el yo viene a captarse allí a sí mismo como uno de los tantos, infinitos radios, o ejes, esenciales de la inteligencia que en su espontánea actividad originaria puede llamarse absoluta; es decir, como ab-suelta de toda realización, o mientras permanece concentrada en sí misma como potencia, pero siempre presta a intervenir y ejercerse en cualquier realización posible del sér, para el cual el medio es precisamente ese yó que viene a captarse a sí mismo como radio, o eje, esencial, vehículo de la actividad espontánea de categorías, noemas y arquetipos que en sí es aquella inteligencia absoluta. Por forma, pues, que las pruebas que se obtienen por las vías extraobjetivas que penetran en las intrasubjetivas de unos yós con otros, conducen también a esta conclusión, para dar una evidencia de certidumbre mayor por cuanto corrobora las obtenidas inversamente por las vías intrasubjetivas que penetran en las extraobjetivas, en mutuas confirmaciones.